

# ¡ADELANTE!

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

DIRECTOR PROPIETARIO: FRANCISCO A. JIMENEZ MARTINEZ.

Precios de Suscripción:

En Yecla: 0'30 ptas. al mes.  
Fuera: 1'75 » trimestre.  
Pago adelantado.

Número suelto

10  
céntimos.

Se publica cuatro veces al mes

ADMINISTRACION: CORBALAN, 17

AÑO II

YECLA 9 de Julio de 1927

NÚMERO 57

Reportajes yeclanos

## ESCUELAS IGNORADAS

Por J. Giménez Roses

Nuestros pasos, sin darnos cuenta de ellos, nos han llevado hacia las alturas del poblado.

La calle pina y tortuosa, más barranco que rúa, ostenta un nombre evocador de españolas dominaciones pretéritas. ¡Calle de Puerto Rico! y allá, en la altura, muy cerca del macizo montañoso del cerro Arabinejo, de una casa de achatada puerta pintada de rojo a la que coronan dos ventanucas inverosímiles por lo pequeñas, semejantes a dos ojos guifadotes en cara de aquellarre, se escapa un runrunear de colmena que de vez en cuando turba una atiplada voz de mujer con un imperativo: *¡Silencio!*

Las comadres del barrio remiendan y cosen, en tanto murmuran sentadas a las puertas de sus casas; unas en recias sillas encordeladas de esparto y otras en riscos y portales. La ausencia de la chiquillería es total en esta calle, cosa ésta que nos sorprende en extremo, ya que tan frecuente es ver por las calles de nuestro pueblo bandadas de pequeñuelos jugando y diableando y poniendo algunas veces notas de aduar rifeño en nuestras anchas calles polvorientas y soleadas.

A una mujeruca sanota y fresca, conocida nuestra y que con otras en corro, parlotea de no sabemos que mil cosas, preguntamos por la *costura de Juana Marco*, nombre este que, en el argot popular yeclano, se les dá a las escuelas de niñas, y la buena mujer aquella, nos señala la puerta achatada de la casa de las ventanitas pequeñas que, en la blancura de la fachada enjalbegada, parecen dos ojos con las cuencas vacías.

De rondón nos colamos por aquella puerta y un *¡buenas tardes!* sonoro pronunciado por nosotros corta como por ensalmo el tremendo guifigay que produce un centenar de pequeñuelos de todos sexos los que, sentados unos en pequeñas sillitas y correteando otros como pájaros enjaulados, van inquietos de allá para acá, invaden la amplia cocina, una habitación frontera y la corraliza so-

leada a la que bordea en lejas sostenidss por recias estacas enclavadas muy cerca de las bardas, una veintena de macetas de las que penden policromos y sugestivos una infinidad de claveles perfumados.

Los ojos interrogantes y asombrados de los pequeñuelos nos contemplan con una curiosidad inquisitiva que pone cosquilleos en nuestra epidermis y arranca sonrisas a nuestros labios.

La maestra y guardadora de aquel rebaño infantil nos invita a sentarnos y sonriente, nos pregunta el objeto de nuestra visita.

Ella es una mujer pequeña, muy pizpereta que, a no ser por estar un poco gruesa, semejaría una discípula juguetona en vez de una rígida profesora.

Su rostro fresco y sonrosado se arrebola de encendidos colores al exponerle nuestro deseo de hacer una pequeña información de su *costura* para publicarla en nuestro semanario, rogándonos con frases atropelladas, en las que la emoción pone balbuceos, que desistamos de nuestro intento... y charlando, charlando, nos va explicando el funcionamiento de su *centro docente*, y en las palabras de la maestra hay un dejo de amargura al detallarnos los escasos medios de que dispone para, en su labor diaria, ir despertando poco a poco las inteligencias infantiles al deseo de aprender y llevar al corazón de esos pequeños el amor a la clase.

Nos dice que ordinariamente asisten a su clase de 110 a 120 niños de ambos sexos, unos, los más pequeños, para que estén recogidos y molesten lo menos posible a sus madres. A estos los entretiene haciéndoles las horas leves de la escuela con cánticos sencillos y rezos en corro, y a los mayorcitos, generalmente niñas, las va enseñando con suma paciencia a leer, a escribir y hacer números y sumas, a coser y sencillos bordados y a un corto número de ellas a coser a la máquina.

—Mire Vd. nos dice bondadosa, para ser *maestra* de estas clases se necesita ser de pasta-flora o maza-

pán y tener una paciencia a prueba, puesto que, no solamente tenemos el trabajo de enseñar luchando con la falta de elementos y condiciones para ello, sino que, como vienen tantos y son tan pequeños, lloran, gritan, se ensucian, riñen entre sí y ha de ser una a un tiempo madre, maestra y criada de estos mañacos.

El asombro que entre la chiquillería produjera mi presencia y que dió motivo siquiera por un momento de silencio entre ellos, ha terminado y paulatinamente, en crescendo, van las voces y los gritos infantiles llenando con runruneo mareante la casa, y es en vano que esta *chiquilla-mujer-maestra*, a un tiempo mismo, con su voccecita atiplada que quiere hacer severa, se esfuerce en imponer orden y para lograrlo siquiera sea contradictoriamente, ordena que todos canten a coro *¡Dios te salve Reina y madre!*

—Y diga Juanita ¿cuando salen de la clase, puesto que son las seis y media?

—Esa es otra, nos dice, como esto más que clase puede decirse que es lugar de refugio de pequeños y la mayoría de sus madres, la que no está en el *huerto* lavando, está en el majuelo o en el bancal trabaja, pues me exigen que los tenga recogidos hasta las siete y media.

—¿Y pagan mucho?

—Tres *perrillas* semanales, nos dice vacilante. Pero no crea Vd. que son todos, porque hay muchos que, por venir con sus hermanitas mayores, no pagan.

—¿Y esos pagan religiosamente?

—¡Pagar! Mire señor, nos dice risueña, de 120 pequeñitos que vienen a mi clase, los sábados, día de pago solo acuden de *sesenta a setenta* con sus tres perrillas. Los restantes... para que decir más.

Nos despedimos de esta profesora de afición no sin antes habernos mostrado algunas niñas adelantadas en sus elementales estudios y una pecosilla de azules ojos inmensos y dorado pelito rizado, nos encanta con su voccecita de cristal al leernos muy resuelta el cuento del deshollinador de *La Buena Juanita*.

Salimos de la *picuda* escuela, y en tanto los ojos curiosos de las comadres del barrio se posan en nosotros, ciertas consideraciones van atropelladamente naciendo de nuestro sentir, ganándonos el corazón pleno de simpatía por estas anónimas

profesoras y profesores intitulados que, calladamente, sin elementos, sin elementos, sin protección oficial alguna, van realizando una labor social que, aunque coja, no es por eso menos meritoria ya que mal o bien suple en mucho el deber elemental que todo buen gobierno tiene de dotar de los centros docentes apropiados y necesarios a un pueblo de más de 30.000 habitantes como Yecla tiene derecho.

Estas reflexiones nos llevan de la mano a considerar la gran labor pedagógica que calladamente realizan y realizan otros maestros intulados tales como Juan Antonio Ortega el *Manco*, aquel maestro *Ulnaga* de grata recordación y la no menos grata de Manuela la *entucera* y otras tantas que sentimos no recordar en este momento.

Desde estas columnas, yo me atrevo a rogar al *Excmo.* Ayuntamiento de Yecla, y muy particularmente a su Alcalde, giren de vez en cuando unas visitas a esos casi ignorados centros docentes particulares, fomentando el estímulo de enseñar de estos profesores de afición y galardonando su ingrata labor con algún premio dotando de paso en los presupuestos municipales algún capítulo con ciertas subvenciones que aunque, en pequeñas cantidades, sirvan a lo menos de mejoramiento de los mismos *¡Porque tres perras semanales ¡Señores!* es muy poco estímulo!

## Los "Cobetes"

Corren los chiquillos por coger "cobetes" mirando hacia arriba viendo a donde vienen.

Al llegar al suelo, a su ruido fuerte, se aprestan gozosos y cogerlos quieren.

Si es en el tejado exclaman: — ¡Releñe.!

y el que mas recoge pasa por mas terne y empuña en sus manos los que abarcar puede, al que miran todos cual se mira a un Hércules...

Así son las dichas